



Por la calidad de los paisajes urbanos europeos

Diseño de los espacios públicos abiertos, tejido histórico, memoria cultural

Anna Lambertini, arquitecta y paisajista. Universidad de Florencia y de Perugia

Traducción: Carmen Guerrero Quintero

A partir de algunas breves notas introductorias que aluden al dictado de la Convención Europea del Paisaje como plataforma cultural de referencia, este artículo propone una interpretación del concepto de paisaje urbano, respecto al cual el centro histórico consolidado se considera una tesela constitutiva de un mosaico de ámbitos espaciales más amplio y heterogéneo donde el sistema de espacios abiertos tiene un papel estructurante y conectivo fundamental.

For the quality of the European urban landscapes. Design of the open public spaces, historical plot and cultural memory

Working from some brief background notes demanding the dictate of the European Convention for the Landscape as a cultural platform of reference, this article proposes an interpretation of the urban landscape concept, in which the consolidated historical centre is considered as a tessera being part of a larger and more heterogeneous mosaic of spatial fields, where the open spatial system acquires a basic structural and relational role.

La Convención Europea del Paisaje como plataforma cultural

Los importantes procesos de recualificación y reconfiguración de los núcleos históricos, así como de partes más amplias de los territorios urbanos, que afectan actualmente a la ciudad europea indican el importante papel jugado por los espacios abiertos públicos, sobre todo si están insertos en un sistema como componentes de un tejido conectivo heterogéneo, multifuncional y multicategorial.

De hecho, una reflexión detenida en torno al valor de los espacios vacíos, a escala urbana y territorial, se esboza en la Convención Europea del Paisaje que, entrando en vigor en marzo de 2004, tiene importancia a nivel internacional no sólo en tanto tratado normativo vinculante para los Estados que se hayan adherido, sino como plataforma común y punto de referencia ético-político ampliamente compartido para una refundación de la cultura del proyecto de paisaje. De hecho, asignando explícitamente una dimensión paisajística a todas las partes del territorio, la Convención establece tres direcciones operativas fundamentales:

- > La integración del paisaje en varias políticas sectoriales y locales que atañen al territorio, desde la planificación urbanística y territorial, las políticas agrícolas y forestales, a la proyección de los sitios;
- > La definición de criterios para guiar las transformaciones (ya sea a escala territorial como urbana);
- > La experimentación de modelos de participación de las poblaciones residentes respecto a los procesos de cambio y gestión de los lugares y paisajes, rurales o urbanos (VALLERINI: 2004).

Nos referiremos aún al texto de la Convención que, definiendo al paisaje como “la parte del territorio tal como es percibida por las poblaciones, cuyo carácter es resultado de la acción de factores naturales y/o humanos y de sus interrelaciones”, alude claramente a dos planos de valoración distintos: uno objetivo (sugerido en la expresión “parte del territorio”) y otro subjetivo (contenido en la locución “tal y como es percibida por las poblaciones”) (PRIORE, 2006). Es oportuno resaltar la introducción de un elemento relevante e innovador, fuertemente ligado a la afirmación de que todo es paisaje: a los aspectos de tutela y conservación activa tradicionalmente asociados a la cuestión paisajística se han unido aquéllos de la recualificación y creación de lo nuevo.

Como es sabido, la Convención sugiere en este sentido tres categorías de valoración: paisajes excepcionales, de

la vida cotidiana, y degradados. Tales categorías de valoración conducen, en línea general, a las principales categorías operativas y de acciones proyectuales vinculadas a cualquier plan relativo a lugares y paisajes, y que deberían ser llevadas a cabo persiguiendo “objetivos de calidad paisajística”¹ específicos y adecuados.

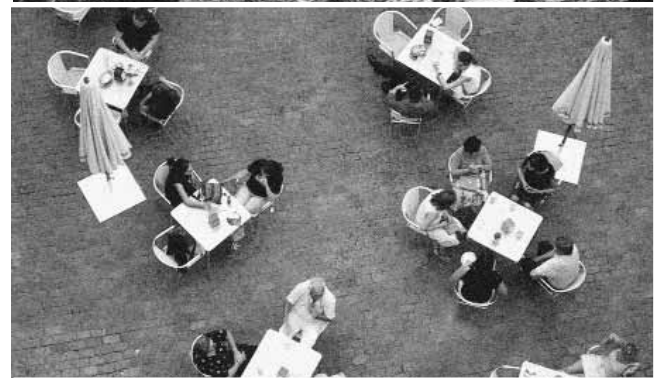
La referencia al dictado de la Convención contenida en estas breves notas introductorias ha parecido fundamental para precisar el punto de vista disciplinar y cultural de los temas en torno a los que gira la articulación de esta contribución, en la que se asume la idea de complejo urbano histórico, de centro antiguo consolidado como teselas constitutivas de un más amplio y heterogéneo, a menudo fragmentado e incoherente, mosaico de espacios.

Paisaje urbano, calidad visual, espacios abiertos públicos, centros históricos son, por tanto, las palabras claves elegidas para desarrollar una reflexión sobre el papel fundamental (estético, semántico, social, funcional-ecológico) desempeñado por el sistema de vacíos de la ciudad, con referencia específica a la configuración de la ciudad histórica.

Paisaje urbano como categoría cultural y proyectual

El futuro de las sociedades del siglo XXI es decididamente urbano; los datos y las previsiones hablan claro: la población urbana mundial está predestinada a aumentar. Se calcula que, a nivel global, en 2015 veintitrés metrópolis habrán superado los diez millones de habitantes. En Europa, el continente más urbanizado del planeta, siete de cada diez habitantes son ya urbanos. La progresiva erosión del suelo libre y de los territorios históricamente destinados a un uso agroforestal, frente al avance de la construcción, la pérdida de legibilidad y de una métrica espacial en los territorios periurbanos, así como la necesidad de tutelar la autenticidad y la “forma urbis” de los núcleos y centros históricos, considerados como los contenedores reales y propios de las identidades locales y la memoria cultural, constituyen algunos de los puntos fundamentales respecto a los que se juega la apuesta de la sostenibilidad de los escenarios futuros.

Lo urbano se ha expandido, las ciudades han pasado de ser condensadas y circunscritas a abiertas y plurales. Pepe Barbieri (2003: 8), para explicar la realidad de la provincia italiana, ha introducido el concepto de *metrópolis pequeñas*: “no la metrópoli como artificio absoluto,



Desde la misma ventana. Plaza del Pan, Sevilla. Fotos: Manuel García

[La ciudad]... surgió por causa de las necesidades de la vida, pero
existe ahora para vivir bien

Aristóteles

cuerpo desmesurado e infinitamente reiterado, que irrumpe en la tranquila escena de la provincia italiana y a la que se sobrepone. No es la metrópoli-cuerpo, transformación agigantada de la ciudad-cuerpo, cuya terrible belleza está en la extraordinaria dimensión. Estas metrópolis pequeñas son, a lo más: partes de un territorio constantemente ‘medido’ por el paisaje y sus variaciones.” Aquello que las hace metrópolis pequeñas es el uso metropolitano del espacio que une las diferentes y distantes partes del territorio ocupado, incluso de manera incongruente. El resultado es que estos ámbitos terminan habitados por “individuos convertidos en metropolitanos a menudo sin haber sido nunca ciudadanos o al menos ciudadanos de la gran ciudad. El paisaje constituye, aunque de manera inconsciente casi siempre, el continuo punto de referencia: el monumento es también, en cierto sentido, la estructura unitaria. Una estructura, sin embargo, fluida, surcada por la ‘desmesura’ de las redes. Aún más dilatada en el sistema invisible de las conexiones con el mundo” (BARBIERI, 2003: 9).

La definición de metrópolis pequeñas conduce a una categoría interpretativa posterior, que remite a aspectos de la Convención Europea: *paisaje urbano*. Pero ¿qué entendemos exactamente con este concepto?

¿Es sólo una manera diferente de nombrar la dimensión de la ciudad difusa, tratando simplemente de leer las características figurativas (colores, variabilidad de escenas, heterogeneidad de elementos estructurantes, articulación espacial...) adoptando un punto de vista que busca exaltar el valor narrativo, como sugiere Richard Ingersoll en *Sprawltown*? O, por el contrario, ¿el adjetivo *urbano* más bien subraya una representación en negativo de la forma que hemos dado al ambiente en que vivimos², alternativa desagradable y necesaria al paisaje *natural* y *rural*? ¿O es aún la difusión de la idea de *Townscape* (investigada por Gordon Cullen en los años sesenta), entendida como una gran representación generada por la relación entre todos los elementos que participan en la creación del ambiente urbano (edificios, árboles, naturaleza, agua, tráfico, anuncios publicitarios...) e interpretable a través del uso de una serie de categorías perceptivas y de organización espacial (COLLEN, 1976: 4)? O bien, con la expresión de paisaje urbano, ¿se quiere invocar a la búsqueda de un modo de integrar y recoser varias formas y distintos modelos de asentamientos humanos (de la ciudad compacta a la ciudad expandida y difusa, desde el *ordo geometricus* que regula las instalaciones espaciales de las ciudades antiguas a la pulverización de asentamientos de la ciudad postbélica) basada en la individualización y la construcción de una red articulada e

interconectada de espacios abiertos y sobre la presencia difusa de elementos y materiales naturales?

Desde el punto de vista de la investigación, teniendo en cuenta todas estas diferentes interpretaciones, proponemos considerar el paisaje urbano, más que como un dato dado, como una categoría cultural y proyectual, respecto al cual es preciso introducir criterios de lectura adecuados y líneas operativas guía basadas en el reconocimiento del valor estratégico de los vacíos y los espacios abiertos.

El paisaje urbano ha de entenderse, por tanto, no sólo en sentido escenográfico, como “el espectáculo de la actividad de la ciudad sobre un fondo definido por permanencias sensoriales y culturales, como la velocidad de desplazamiento, el sonido, las líneas del cielo, la presencia de los árboles, del agua, y los elementos distintivos de la organización arquitectónica”³, sino como una realidad ética y estética dinámica, producto de una estratificación compleja de signos y constantemente bajo el impulso de la modernización; como la configuración de un sistema de asentamientos humanos multifuncionales, caracterizado por una presencia difusa de naturaleza y biodiversidad y organizado en relación con criterios ecológico-funcionales, sociocul-



Jugando en la plaza (La Habana vieja, Cuba). Foto: Eduardo Ferrer



En la plaza hablando con niña. Foto: Mario Pena. Creative Commons by-sa

turales, económicos, urbanísticos y estético-perceptivos; paisaje urbano como forma de un ambiente viviente, heterogéneo y fundamentalmente artificial, donde la calidad de vida de los habitantes depende de la forma con que las dinámicas sociales, económicas, políticas y culturales, y las actividades antrópicas se enlazan con los procesos biofísicos y naturales, sobre los que influyen directamente, y con los que interactúan estrechamente.

Leído en este sentido, el paisaje se configura para técnicos, administradores y ciudadanos como un laboratorio de experimentación activa de un modelo sostenible para las transformaciones de las ciudades y de los asentamientos basado en el reconocimiento del valor fundamental de los vacíos y de su inclusión en el sistema; un modelo en el que la tutela y valorización de tramas y marcas históricas, y de la memoria cultural, se unen a la conciencia de la necesidad de dar forma, sentido y orientación a los cambios inevitables, vistos desde una perspectiva de integración y correlación sistémica entre las distintas partes y valores del territorio.

Se trata de una perspectiva que supera tanto la idea de tutela del lugar singular, del núcleo histórico visto como

fragmento/monumento que aislar e inventariar como un valor en sí inmóvil, extrapolado de un contexto, como el concepto, deudor de la urbanística de la segunda mitad del Novecientos, de territorio ocupado organizado según la lógica funcionalista de las monoculturas urbanas.

Jardines de piedra y ciudad en evolución. Transformación y disfrute de los espacios públicos de la ciudad histórica

“Imaginamos un territorio construido sin centro histórico. O un parque natural sin árboles. O un centro histórico embalsamado en sus formas y usado de modo inapropiado, distorsionado. Un centro histórico privado de humanidad y lleno de turistas. Un territorio, más que pobre, desolador” (CERVELLATI, 1991: 97).

Estas reflexiones están en un breve ensayo publicado a principios de los años noventa por Pier Luigi Cervellati, arquitecto y urbanista que desde hace tiempo se ocupa en Italia de los temas de la restauración urbana. Tomando parte en el debate en torno a las transformaciones de las



Frankfurt. Foto: Isabel Luque Ceballos



Pueblo del Albayzín. Foto: Antonio Casas



Frankfurt. Foto: Isabel Luque Ceballos



Museo de Pérgamo (Berlín). Foto: Isabel Luque Ceballos



Plaza del Pan antes de su rehabilitación. Sevilla. Foto: Manuel García

ciudades y las modalidades de intervención en los centros históricos, consciente de la degradación y envejecimiento estético de los centros urbanos y las periferias, Cervellati sugiere proclamar el fracaso de la disciplina urbanística tradicional e interviene invitando a reflexionar sobre los conceptos guía de “territorio-parque”, fruto de un orden territorial que asume el *amor vacuo* como valor predominante, y de “ciudad-museo”, entendida no como un contenedor-santuario cristalizado y con fin en sí mismo, sino como, literalmente, un lugar de las Musas con el objetivo de “soprender e instruir”. La ciudad-museo de Cervellati es, por tanto, una realidad cultural viva, en el que el centro histórico constituye el fundamento donde se conserva la memoria histórica, sinónimo de identidad local.

La ciudad histórica, tradicionalmente regulada por una clara gramática constructiva que reconocía la potencia simbólica de los monumentos, de los distintos edificios públicos y religiosos, y de los espacios abiertos sometidos a ellos, desde una perspectiva contemporánea puede interpretarse a través de la metáfora de un jardín de piedra que cuidar y mantener teniendo presentes al menos tres cuestiones claves:

- > la necesidad de garantizar la legibilidad de la evolución histórica, tutelando la métrica espacial, las relaciones perceptivas y la dimensión estética y figurativa propias de la cultura arquitectónica y urbana de las distintas épocas en las que se ha formado la imagen que la caracteriza;

- > su valor como expresión latente de una *civitas* y como escenario de la vida en el que cual hacer florecer las relaciones humanas y sociales;

- > su reconocimiento como bien cultural, que requiere que sobre ella, como imagen y como realidad física, se intervenga adoptando instrumentos y criterios propios de la cultura de la restauración, filtrados a través de la lógica de la conservación activa y no confundirlo con intervenciones equívocas de “refuncionalidad”.

Y justo en torno a la ambigüedad semántica del concepto de “refuncionalidad” es preciso dedicar algunas reflexiones más, sobre todo si se quiere considerar un tema crucial de la gestión y disfrute de los espacios abiertos de la ciudad histórica, en relación con la definición de posibles usos congruentes o incongruentes.

La asignación de nuevos usos a ámbitos y lugares antiguos ha supuesto muy a menudo una pérdida de legibilidad y de claridad tipológica, y por tanto, de valor, cuando no hasta la destrucción acrítica de los caracteres identitarios del sitio. En nombre de una pretendida recualificación funcional y en razón de una acción de políticas particularmente sensibles a lógicas especulativas y de mera valorización económica, muchas ciudades históricas italianas “se han convertido en supermercados con predominio de *jeanserie*”, en ‘luna park’ con predominio de atracciones efímeras. Los Disneyland de época...” (CERVELLATI, 1991: 94).

Abiertos a acoger nuevas ritualidades sociales y responder a un sistema más complejo de exigencias de uso tendente a ampliar la dimensión lúdico-recreativa, los espacios públicos de la ciudad histórica, destinados a ser reconfigurados para responder mejor a los nuevos criterios de multifuncionalidad, deberían ser transformados y rediseñados de manera que mantuvieran el carácter de contenedores de identidad cultural, de valores éticos y de estéticas locales.

Si el espacio público de la ciudad debe favorecer la expresión de comportamientos, colectivos e individuales, “urbanos”, entonces la intervención sobre él deberá siempre tener en cuenta los siguientes aspectos:

- > la pérdida de características figurativas y simbólicas lleva a reducir las capacidades de identificación de un lugar y hace difícil la formación de un *ethos* afectivo en los habitantes y en los visitantes;

- > la ausencia de coherencia visual y de legibilidad tiende a “fragmentar la fidelidad del ciudadano”, por usar una expresión de Joseph Rykwert, y traslucir un creciente desinterés perceptivo;

> recurrir a un mero código práctico (basado en la aplicación de parámetros técnicos en respuesta a las normativas) en el diseño de los lugares en menoscabo del uso de un lenguaje creativo que tenga en cuenta los valores visuales, poéticos y simbólicos, puede sólo empobrecer el valor de la transformación.

Acudir a la metáfora del jardín de piedra para describir la ciudad histórica y su sistema de espacios abiertos puede constituir por tanto un consejo operativo fructífero.

De hecho, el fuerte impulso en la creación o reconfiguración de los espacios abiertos públicos experimentado en muchas ciudades europeas a partir de mediados de los años ochenta del siglo pasado, más allá de encontrar justificación como actividad de recualificación, también social, de lugares urbanos degradados y la valorización de partes de la ciudad, se puede situar en un punto importante de la cultura post-moderna: la necesidad de reconquista del sentido del lugar como espacio perceptivo, táctil, palpable, medible con el cuerpo y con los sentidos.

En el ensayo *The Seduction of place*, Joseph Rykwert, por ejemplo, preguntándose sobre las características constitutivas y cualitativas del lugar urbano, vuelve la atención sobre la necesidad de convertir los espacios públicos de la ciudad contemporánea accesibles sobre todo para favorecer la experiencia sensorial en la cotidianidad. Debe defenderse la posibilidad de habitar lugares reales contruidos para los cinco sentidos del hombre, que necesitan ser estimulados en la vida diaria y no pueden ser aplacados sólo entreteniéndonos con el software del ordenador y los instrumentos electrónicos con los que cotidianamente interactuamos.

“No podemos esperar que el progreso tecnológico resuelva automáticamente los problemas urbanos. Las solucio-

nes pueden nacer sólo de la acción política. Permanecemos vinculados al lugar en el que vivimos y a nuestro único cuerpo. Tengo la sospecha de que aunque se encontrase el modo de transformarnos en bit informáticos, permaneceremos siempre como criaturas de nuestros sentidos, dado que

Sólo el ojo puede elegir ver;

no podemos ordenar a la oreja que cese;

nuestros cuerpos sienten, dondequiera que se encuentren, nos guste o no.

Es por esta razón que la idea de que el *ciberespacio* pueda desarrollar un día las funciones del espacio público tangible está condenada a permanecer como una quimera” (RYKWERT, 2003: 198).

El jardín, ontológicamente lugar impregnado de sensorialidad, espacio ético y estético de cultivo de la facultad de imaginar, llega a ser entonces hoy central como estrategia de resistencia activa a la degradación estética de los lugares del habitar y como metáfora de una habitabilidad urbana posible.

Notas

¹ El artículo 1 del primer capítulo de la Convención establece que los objetivos de calidad paisajística designan “la formulación por parte de las autoridades públicas competentes, para un determinado paisaje, de las aspiraciones de la población en tanto que atañe a las características paisajísticas de su ambiente de vida”.

² Cuando por ejemplo Adriano Paolella escribe “La costumbre al paisaje urbano, limitado y geométrico, de estar cerrados en un enclave artístico, en espacios repropuestos en cualquier situación y contexto, parece haber anulado el interés por cada otro signo”, evoca una valoración sobre todo negativa.

³ www.paris-lavillette.archi.fr/recherche/modele_detailsjardins4.htm. De la presentación del tema de investigación “Invention des formes urbaines et processus de démarche paysagère”, ERIC DANILE-LACOMBE, BRIGITTE NAVINER, ANDRÉAS CHRISTO-FOROUX.

⁴ Tienda de ropa en la que se venden jeans y otra indumentaria deportiva (N. del traductor).

Bibliografía

BARBIERI, P. (2003) *Metropoli piccole*. Roma: Meltemi Babel, 2003

CACCIARI, M. (2004) *La città*. Rimini: Pazzini Editore, 2004

CERVELLATI, P. L. (1991) *La città bella. Il recupero dell'ambiente urbano*. Bologna: Il Mulino, 1991

CULLEN, G. (1976) *Il paesaggio urbano. Morfologia e progettazione*. Bologna: Calderini, 1976, p. 4. Ed. orig. *Townscape*. London: The Architectural Press, 1961

HOLDEN R. (2003) *New landscape design*. London: Laurence King Publishing Ltd., 2003

LAMBERTINI, A. (2006) *Fare parchi urbani. Etiche ed estetiche del progetto contemporaneo in Europa*. Firenze: Firenze University Press, 2006

NORBERG-SCHULZ, C. (2000) *Architettura: presenza, linguaggio, luogo*. Milano: Skira, 2000

PRIORE, R. (2006) *Convenzione Europea del Paesaggio*. Reggio Calabria: CSDA, 2006.

RYKWERT, J. (2003) *La seduzione del luogo. Storia e futuro della città*. Torino: Biblioteca Einaudi, 2003

TURNER, T. (1996) *City as landscape. A post-postmodern view of design and planning*. London: E&F Spon, 1996

VALLERINI, L. (2004) Spazio pubblico e qualità urbana. En BARABERI, M. *Firenze, piazza Pietro Leopoldo*. Firenze: Polistampa, 2004, pp. 11-17

VIRILIO, P. (1998) *Lo spazio critico*. Bari: Edizioni Dedalo, 1998. Ed. orig. *L'espace critique*, Paris, 1984

VON MEISS, P. (1992) *Dalla forma al luogo*. Milano: Hoepli, 1992